



COMUNICACIÓN ACADÉMICA N° 1681

Del Académico de Número
don José Gobello, acerca de

LA COTIZACIÓN PARISIENSE DE GARDEL

Señora Vicepresidente:

Informa Miguel Ángel Morena en *Historia artística de Carlos Gardel* (3.^a edición, 1990, p. 109) que en 1928 Carlos Gardel ganaba 3.200 francos diarios en el cabaré Florida de París. Para comprar un peso necesitaba aproximadamente 14 francos. Los 3.200 representaban poco más de 200 pesos, que eran los que cobraba cada mes en Buenos Aires un empleado de jerarquía mediana. Un buen bife de costilla costaba entonces 20 centavos, lo mismo que un litro de leche y un kilo de pan francés.

Según Albert Londres, una prostituta que se desempeñaba privadamente en una “casita” de Buenos Aires podía ganar más o menos lo mismo que Gardel en el Florida. El autor de *El camino a Buenos Aires* (s. f. [1927], p. 89) ha hecho las cuentas de la primera semana de trabajo de mademoiselle Opal: 402 servicios, a razón de 5 pesos por cada uno, son 2.010 pesos. A un cambio de 14,25 por peso, son 28.642,50 francos por semana.

Los clientes aguardaban su turno como en la antesala de un dentista. Podían juntarse más de diez en una cola, aunque los servicios podían despacharse muy rápidamente: “Le habían bastado seis minutos” (op. cit., p. 87). Lo de “almohadones y divanes; como en botica, cocó”, que dijo Lenzi, era para bacanes. Como la “casita” de mademoiselle Opal en Buenos Aires. Lenzi, se sabe, era diplomático.

Aquella cifra supera lo que tres años antes ganaba Maurice Chevalier en París. Cuenta Juan Carlos Marambio Catán (*Sesenta años de tango*, p. 157) que cuando los empresarios del teatro Porteño, Álvarez y Romero, viajaron a París en 1924 para contratar a Chevalier, este, como para sacárselos de encima, les dijo que vendría a Buenos Aires si todos los meses le amontonaban un millón de francos. Los argentinos, rápidos de reflejos, echaron cuentas en un segundo: un millón de francos eran solo cien mil pesos, los que, con cuatro funciones diarias, podían recaudarse en un mes sin mayores problemas. “Hecho”, le dijeron al francés, firmaron el contrato y ninguno se arrepintió de haberlo firmado.

El peso era muy fuerte y no hacían falta tantos para tirar manteca al techo en París. Los porteños nos dimos el lujo de bancarlo a Chevalier y, encima, a los centenares de mademoiselles Opal que atendieron en Buenos Aires. Cinco o seis años más tarde el viejo Gómez comprobaría que los pesos fuertes se habían evaporado.

Buenos Aires, 26 de agosto de 2011

JOSÉ GOBELLO
Académico de Número
Titular del sillón “Benigno B. Lugones”